



**Michael W. Apple**

*Doctor en Currículo e  
Instrucción, Estudios de Política  
Educativa del Departamento de  
Estudios de Políticas Educativas  
de la Universidad de Wisconsin-  
Madison.*

*Traducción:  
Juliana Borrero*

Artículo de Reflexión

**Praxis  
&  
Saber**

Revista de Investigación y Pedagogía  
Maestría en Educación. Uptc

# EDUCACIÓN CRÍTICA: HISTORIA DE UNA RESISTENCIA EN PALABRA Y ACCIÓN

## CRITICAL EDUCATION; SPEAKING THE TRUTH, AND ACTING BACK

## EDUCATION CRITIQUE: HISTOIRE D'UNE RESISTENCE EN PAROLE ET ACTION

## EDUCAÇÃO CRÍTICA: HISTÓRIA DUMA RESISTÊNCIA EM PALABRA E AÇÃO.

Permítanme comenzar este capítulo con una historia, el recuento de una experiencia que destaca la importancia –y los peligros– de tomar en serio nuestro papel como educadores críticos. El siguiente relato narra las experiencias de mi primer viaje a Corea del Sur, hace muchos años. La memoria es un vehículo imperfecto, particularmente al trabajar bajo presión; sin embargo, intentaré reconstruir lo sucedido y acercarme tanto como me sea posible a la realidad de esta experiencia.

Yo había viajado a Seúl por una razón específica. Las protestas en contra del represivo gobierno militar de Corea del Sur, que estaba entonces en el poder, no habían cesado durante años y se hacían cada vez más intensas. Una gran multitud de personas de todos los sectores del panorama social salía a las calles a protestar. El régimen militar respondía de diversas formas: arrestaba a los manifestantes, a menudo con considerable violencia; tildándolos de traidores y comunistas, encarcelándolos por años; acosaba a los activistas y clausuraba de manera definitiva las publicaciones que criticaban el régimen; censuraba currículos y profesores; prohibía a los maestros agremiarse en sindicatos independientes; y muchas otras medidas grandes y pequeñas que afectaban todos los aspectos de la sociedad. La ira contra el gobierno crecía y la dialéctica entre la represión y los actos de resistencia era visible. No obstante, incluso ante el peligro concreto que significaba participar en acciones organizadas en contra de las autoridades, un gran número de personas sencillamente se negaba a aceptar el derecho del gobierno a ejercer la autoridad.

El gobierno no podía controlar de manera absoluta el terreno político y cultural, ni tampoco los avances de las fuerzas progresistas por recuperar ese terreno. Así, se veía obligado a permitir lo que en un principio fueron pequeños atisbos –con el tiempo cada vez mayores–, que llevaron a la creación de espacios que no podían ser controlados por el régimen, intentara este lo que intentara. Uno de estos espacios tuvo que ver conmigo. Para tratar de mantener lo que le quedaba de legitimidad, y en un intento por apaciguar las crecientes movilizaciones de estudiantes que se manifestaban como “la conciencia de la nación”, el gobierno permitió que una importante universidad invitara a un académico crítico para discutir públicamente los fundamentos teóricos, históricos y políticos de la sociología crítica de la educación, y su vínculo con las complejas relaciones entre conocimiento y poder, siempre y cuando el conferencista hablara *en términos académicos*. El conferencista fui yo.

Hay veces en que los escritos de un autor salen a la luz pública exactamente en el momento histórico apropiado y tienen un impacto mucho mayor del que hubieran podido tener unos años antes o después. Este fue el caso de dos de mis libros, y de las formas en que los activistas coreanos los usaron en sus propias luchas. *Ideología y currículo* (*Ideology and Curriculum*, Apple, 1979/2004) y *Educación y poder* (*Education and Power*, Apple, 1982/1995) habían sido traducidos al coreano por pedagogos radicales, y publicados por una de las editoriales más progresistas de Corea del Sur. El primer libro fue prohibido, y ambos fueron tomados como libros claves del movimiento, herramientas fundamentales en la lucha contra el gobierno ilegítimo. Paradójicamente, en ciertos casos, lo mejor que le puede ocurrir a un libro es ser prohibido por fuerzas represivas. Así, los intentos del gobierno militar por prohibir la lectura de mis obras y las de otros autores que escribían sobre la relación entre conocimiento y poder, hicieron que estos libros fueran aún más significativos; una lección que los regímenes represivos aún parecen no haber aprendido.

Después de un breve descanso luego de un largo viaje en avión, mis amigos de la universidad y de los grupos disidentes, todos los cuales eran activistas en el movimiento de oposición al gobierno militar, me recogieron y me llevaron a la universidad. El lector deberá imaginar la escena en toda su grandeza y complejidad. Se escuchaba un bullicio constante. Las multitudes llenaban todos los espacios. Parecía que en todas partes había vehículos armados, equipados con accesorios para lanzar gases lacrimógenos o poderosos cañones de agua. La universidad estaba rodeada por la fuerza pública. Una puerta estaba abierta para que la gente entrara, pero solo con la aprobación de la policía. Cuando yo era adolescente había participado en marchas antirracistas y otras protestas, y muchas veces había hablado en eventos políticos. Sin embargo, esta vez la sensación era distinta. El nivel de tensión ascendía al máximo en lo que parecía gradualmente estarse convirtiendo en una sublevación masiva<sup>1</sup>.

En la puerta me recibió una “guardia de honor”. Este escuadrón estaba conformado por un grupo de estudiantes que, a pesar de correr grandes peligros, había jurado mantener la oposición contra las políticas represivas del gobierno militar hasta que fuera derrocado. Muchos de ellos

<sup>1</sup> Efectivamente hubo una sublevación en Corea, en Gwangju. Un gran número de personas fueron asesinadas cuando el ejército coreano reocupó la ciudad. Existe en los Estados Unidos mucha pena por este hecho, ya que el ejército de los Estados Unidos apoyó al ejército coreano en este sanginario acto represivo, al ocupar su lugar en Seúl cuando las tropas coreanas, que habían tenido base en Seúl, fueron enviadas a Gwangju para detener las manifestaciones democráticas. Infortunadamente, la sangre de esos mártires también mancha las manos del gobierno de los Estados Unidos.

habían sido arrestados, golpeados, acusados de ser “agentes de Corea del Norte”, y sometidos a continuas medidas destinadas a demostrarles que su resistencia no solo era en vano, sino que ponía su vida en riesgo. De hecho, un número de personas había muerto.

Antes de cruzar por la puerta me entregaron una corona que debía usar, una corona con gran significado personal y simbólico. Estaba fabricada con cartuchos de gases lacrimógenos, cada uno moldeado de tal forma que parecía una manzana. Imagínense “una corona de espinas” hecha con las armas del opresor. Los múltiples significados eran claros. Yo debía usar sobre mi cabeza el símbolo de las acciones represivas de la policía y del control de las multitudes; yo, una persona cuyo apellido era justamente Apple –manzana–, sería condecorado con estos símbolos de la represión, como una irónica insignia de honor. El significado de la corona de manzanas estaba a punto de desarticularse de su significado original como instrumento de control, para rearticularse como una declaración antihegemónica<sup>2</sup>.

Empezamos a caminar hacia el auditorio donde debía dar la conferencia, pero nos detuvimos. Me pidieron que hiciera una reverencia ante un santuario informal hecho de flores, afuera del auditorio principal. Era un santuario en honor a uno de los estudiantes que había fallecido en las manifestaciones recientes. Las ofrendas como estas tocan fibras en cada persona, y yo no era la excepción. Me esforzaba por controlar mis emociones y mi ira; sin embargo, estaba al borde de las lágrimas.

A continuación entramos al edificio. El auditorio estaba a reventar. La multitud desbordaba los pasillos. Había gente sentada en el suelo, en el estrado, a veces dos personas ocupaban una sola silla. Me rodeaba la “guardia de honor”, sentada a mis pies como un profundo símbolo de respeto. Era palpable la tensión. El ambiente estaba cargado de electricidad y yo la sentía más que ninguno.

Me disponía a hablar acerca de la historia y el estado actual de los análisis críticos de la educación en sus aspectos socio-económicos, culturales e ideológicos. Con mucho tiempo de anterioridad se me había pedido enviar a los organizadores la ponencia sobre la cual versaría mi charla –tanto para traducirla, como para que los posibles censores comprobaran que yo no traspasara las fronteras de “la aceptabilidad”–. Así, a pesar de exceder los límites de lo que las autoridades

<sup>2</sup> Para una discusión más detallada sobre la idea de desarticulación y rearticulación, el trabajo de Stuart Hall es fundamental. Ver Morely y Chen (1996) y Apple (2006).

consideraban aceptable, mi conferencia había sido investigada y aprobada. Siempre y cuando siguiera al pie de la letra la ponencia que me habían revisado, y limitara mi conferencia a un análisis puramente académico, se suponía que no tendría consecuencias mayores.

Inicié la conferencia exaltando la valentía de los asistentes, y especialmente la de mi “guardia de honor” de estudiantes, que a tantos peligros se había expuesto. Hablé sobre la importancia de ver el mundo de manera “relacional”. Sostuve que era necesario examinar bajo la superficie de nuestras instituciones, políticas y prácticas, para sacar a la luz sus conexiones profundas con las relaciones de dominación y subordinación, y con las luchas en contra de estas relaciones, en toda la sociedad. Esto tenía especial relevancia en el campo de la educación, dado que la mayoría de las personas veían la educación como un “bien” puro, sin aleaciones. Así, era urgente examinar de manera crítica el funcionamiento de este “bien”: quiénes eran sus verdaderos beneficiarios, y cuáles eran las conexiones ocultas entre la educación –tal como se practica hoy– y la naturaleza del poder, tanto en la sociedad coreana, como en la estadounidense.

Después de esta introducción, regresé al texto de la conferencia. Todos los miembros del público tenían una copia de mi conferencia en coreano e inglés. Muchos de ellos leían en silencio desde el principio, mientras yo exponía algunas ideas que había presentado en mi libro *Ideología y currículo*. El texto planteaba que no bastaba con preguntar si los estudiantes dominaban un tema particular o si habían tenido buenos resultados en los tradicionales exámenes, que prevalecen en tantos países, incluido el de ellos. Debíamos hacernos una serie de preguntas distintas: ¿a quién pertenece ese conocimiento?, ¿cómo llegó a ser “oficial”?, ¿qué relación existe entre ese conocimiento y aquellos que son los dueños del capital cultural, social y económico de una sociedad?, ¿quién se beneficia de estas definiciones de conocimiento legítimo, y quién no?, ¿como educadores críticos y activistas sociales, qué podemos hacer para transformar las desigualdades educativas y sociales existentes, y crear un currículo y una pedagogía socialmente más justos? Hasta ese momento todo iba bien.

Para comprender lo que ocurrió a continuación es necesario describir un atributo particular de ese concurrido auditorio. Una pared completa de la sala constaba de inmensas ventanas, de manera que el exterior casi parecía ser parte del interior. Las manifestaciones continuas y la policía con sus gases lacrimógenos y tanquetas fueron inmediatamente visibles para mí y para la mayoría de los asistentes. Vi las escenas de afuera; reconocí los ruidos. En ese momento dejé

a un lado el texto que había preparado. Hablé despacio para que todos pudieran entender lo que estaba diciendo y para que aquellos que no eran proficientes en el inglés quizás pudieran escuchar las traducciones de sus amigos cercanos. Lo que dije fue algo así:

Si quieren entender las verdaderas relaciones entre conocimiento, educación y poder, miren afuera de estas ventanas. Observen la policía, los vehículos armados. Miren nuevamente la corona de manzanas que está en el podio junto a mí. Miren a los cuarenta y nueve estudiantes que están sentados alrededor de mí. Cada uno de ustedes está en peligro y tiene mucho que perder si esto continúa. Este gobierno sabe que debe impedirles analizar su realidad con sentido crítico y tomar acción en ella. Quiere destruir la memoria colectiva de sus ciudadanos y sus sueños de una sociedad mejor. Quiere impedirles la tarea de reaprender su historia, detenerlos en la adquisición de perspectivas críticas que podrían constituir la base para una crítica esencial de sus propias acciones. Para esto se asegura de que el sistema educativo coreano esté estrictamente controlado a nivel ideológico; así sus hijos sólo podrán ver lo que aquellos que están en el poder quieren que vean. Sé que no estoy diciendo nada que no haya sido pensado y dicho por muchos de los que hoy están aquí en esta gran sala. Pero es necesario decirlo. Y debe decirse una y otra y otra vez, hasta que ya no existan razones para decirlo.

Se extendió un silencio por el auditorio a medida que el público asimilaba estas palabras. Entonces, el líder de los cuarenta y nueve estudiantes se acercó al micrófono, y, junto con uno de mis colegas coreanos, tradujeron una vez más lo que yo acababa de decir. Siguió un aplauso muy fuerte, y, me temo que también, algo de preocupación por mis palabras. Al fondo de la sala había un grupo de hombres cuyos “uniformes” eran reconocibles para los coreanos, pero no para mí. Usaban chaquetas negras de cuero y gafas oscuras, y tuve la sensación de que los bultos bajo sus chaquetas no eran teléfonos. No vi las miradas amenazantes que dirigían hacia mí, ni me di cuenta cuando ellos, inmediatamente y sin dudarlo, se comunicaron con los jefes de la policía y las autoridades militares.

Todavía no eran visibles los resultados de esas llamadas telefónicas. Lo que palpitaba en el ambiente eran dos sensaciones poderosas. En primer lugar: la verdad había sido dicha, y en segundo lugar: se había generado un espacio, por el hecho de que alguien cuya obra era respetada, hubiera dicho la verdad abiertamente en un foro como éste. Los estudiantes,

activistas y académicos críticos rápidamente me llevaron a un restaurante de barbacoa coreana para celebrar. Entonamos canciones políticas, canciones de protesta, canciones de dolor y de victoria. Intenté aprender canciones coreanas de protesta, estropeando algunas de las palabras, pero esforzándome por cantarlas de la mejor manera. De todos modos no importaba, todos participábamos con gran alegría. Me pidieron que les enseñara una canción estadounidense y rápidamente escogí una: “Venceremos”<sup>3</sup>. Muchos de ellos ya conocían la canción o partes de ella: una declaración de resistencia de los movimientos antirracistas, que habían sido modelo de protesta contra las relaciones opresivas de poder en todo el mundo. Nuestras voces resonaron unidas. Era evidente el sentido de libertad y de algo que sólo se puede llamar solidaridad.

Y luego... en cuanto salimos, nos dimos cuenta de que nos seguía un grupo de hombres que usaba esos mismos “uniformes”; que pronto empecé a reconocer. A cada lugar a donde yo iba, ellos iban también. Estábamos rodeados. En poco tiempo, todos nuestros movimientos fueron controlados, en especial los míos. Como dijo uno de mis más cercanos colegas y amigos coreanos: “Ahora es como si estuviéramos bajo arresto. Debemos cuidarnos o terminaremos en la cárcel”. Me llevaron al hotel, exhausto –demasiado cansado para darme cuenta de que ahora había guardias fuera de mi habitación–. Comprendí todo con mayor claridad a la mañana siguiente, cuando intenté salir de la habitación para dar una vuelta. Con el fin de no crear un incidente internacional que involucrara el arresto de un profesor de los Estados Unidos, las autoridades habían tomado una decisión tras bambalinas: dejarme encerrado en la habitación del hotel con oficiales prestando guardia en la puerta. Me proporcionaban las comidas, pero aparte de eso no se me permitía tener contacto con nadie más que con los oficiales, mucho menos con los activistas, con quienes venía trabajando, o con “el mundo exterior” en general. Las implicaciones de esta “discreta” manera de arresto también se hicieron más claras durante el transcurso del día.

Esa mañana yo estaba programado para dar una charla en el principal instituto de gobierno, política y currículo de Seúl. Me llevaron hasta un carro oficial, en el que mis amigos me esperaban; era el único carro, de todos los que nos transportaban y seguían, que no estaba ocupado por los hombres de chaquetas negras y gafas oscuras. Tan pronto como entré, mis amigos me susurraron rápidamente que no dijera nada. Cuando llegué al instituto me llevaron a ver al director. Era delegado del gobierno militar y su colaborador en sus esfuerzos por

<sup>3</sup> We shall overcome.

mantener fuera del currículo cualquier conocimiento “peligroso”, y asegurarse de que los profesores no disidentes mantuvieran su puesto. Entonces comenzó una de las conversaciones más extrañas que jamás haya tenido: acerca del clima, si me agradaba Seúl, y finalmente una serie de disculpas explicando que mi gran conferencia había sido cancelada, repentinamente, debido a que al público no le había sido posible asistir. Ahora daría mi conferencia en una sala casi vacía, con más o menos 5 ó 10 personas; pero serían 5 ó 10 personas que “de hecho están muy interesadas en escuchar lo que usted tiene que decir, profesor Apple”.

Enseguida me condujeron a una sala sin ventanas, con unas pocas personas, donde tuve otra conversación incómoda sobre asuntos educativos en general –y de nuevo el clima–, mientras que el director supuestamente se aseguraba de que la sala de conferencias (casi vacía) estuviera dispuesta. Un hombre corpulento permaneció parado fuera del recinto para cerciorarse de que yo me quedara allí y para “garantizar que yo estuviera cómodo”. De nuevo la conversación fue extraordinariamente forzada. No obstante, fue interrumpida repetidamente por los ruidos de afuera. Se escuchaban gritos de ira. Consignas de protesta traspasaban las paredes. Al público, que supuestamente no había podido asistir a mi conferencia, se le había impedido a la fuerza entrar al edificio para escucharme. Dirigentes de los ilegales sindicatos independientes de maestros, disidentes, líderes estudiantiles, educadores de universidades y colegios públicos, e incluso empleados de las oficinas satelitales del mismo instituto trataron de abrirse paso, pero todo fue en vano. Quedó claro para mí, y para los amigos que me acompañaban, que se habían utilizado medios coercitivos para impedir mi conferencia. Sin duda alguna hubo más arrestos.

Después de todo esto, me llevaron de nuevo al hotel y me dejaron bajo guardia en “mi” habitación. Sin embargo, una vez más es preciso recordar que un régimen que intenta controlar cada cosa es, con frecuencia, ineficiente. A menudo esta tarea es imposible. Al otro día temprano timbró el teléfono en mi habitación. Esto fue totalmente inesperado puesto que el teléfono había sido cortado para que yo no tuviera comunicación con los demás. La llamada era de mis amigos y colegas, quienes me decían que, por lo que parecía ser una confusión, los guardias no habían sido relevados esa mañana, y mi línea telefónica había sido, inadvertidamente, restaurada. Evidentemente, el gobierno militar no era el único grupo que tenía ojos y oídos en todas partes. Los movimientos progresistas tenían sus propias formas de saber lo que estaba y no estaba sucediendo. Rápidamente dejé mi habitación y me reuní con mis amigos en una salida poco usada del hotel. Nos desplazamos en carro hasta un pueblo que era un museo viviente de

la cultura coreana, a las afueras de la ciudad. Resguardándonos de la lluvia torrencial, pasamos horas con otros activistas en un salón de té del pueblo, discutiendo y planeando estrategias para la situación inmediata y acciones a largo plazo.

Sin embargo, esta libertad duró poco tiempo. Al final de la tarde regresamos a nuestro carro en el parqueadero, que ahora estaba vacío. El paso estaba totalmente bloqueado por tres carros sin insignias y un carro oficial del gobierno en el que iba el director de una de las agencias de educación del gobierno, otro delegado del gobierno militar. “¿No nos sentiríamos más cómodos en el carro con él?”. Indudablemente esto *no* era una pregunta, asunto que comprendimos al vernos rodeados por oficiales vestidos de civil.

“¿No tiene hambre, el profesor Apple?, ¿no deberíamos cenar ahora?”. De nuevo, esto *no* era una *pregunta*. Los policías y el delegado del gobierno nos llevaron a un restaurante donde cenamos en una sala privada, todos en silencio. Cada uno de nosotros estaba rodeado por dos hombres —que no cenaban—, lo que impedía la conversación entre nosotros. Incluso para ir al baño me acompañaron los dos hombres que habían estado en silencio a mi lado. Entonces, nuevamente, fui separado de mis amigos, y una vez más regresé a mi habitación vigilada y con el teléfono, de nuevo, fuera de servicio.

Permítanme admitir que todo esto fue hecho con gran habilidad, lo que me permitió aprender mucho acerca de las maneras como las fuerzas represivas movilizan estratégicamente sus formas de poder. Si de algún modo hubiera podido contactarme con el gobierno de los Estados Unidos y presentar quejas, los oficiales coreanos fácilmente hubieran podido decir: ¿pero cómo se puede quejar? Si él se ha reunido con personal del sector educativo. Ha sido invitado a dar conferencias; sólo que por cuestiones burocráticas fue imposible cumplir con todo lo que estaba dispuesto. Lo llevamos a un excelente restaurante y le conseguimos una excelente habitación de hotel. También le dimos un carro oficial para su transporte. Todo esto es cínico. Pero no es tonto, teniendo en cuenta las posibles preguntas de la embajada de los Estados Unidos. Además, el hecho de que todo esto hubiera ocurrido durante el período de una administración presidencial fuertemente conservadora en mi país, una que parecía apoyar incondicionalmente al gobierno militar de Corea del Sur, significaba que estos acontecimientos no llegarían a ocupar un lugar prioritario. Sumado a esto, el hecho de que la policía hubiera decomisado mi pasaporte, hacía que fuera difícil incluso el intento de salir del país.

Michael W. Apple

Al final de mi estadía me llevaron al aeropuerto en un carro sin insignias, de la policía. Unos minutos antes de la salida programada del vuelo, me llevaron caminando por la pista –dos de esos caballeros de chaquetas de cuero y gafas oscuras me sujetaban fuertemente de los brazos– y me subieron escaleras arriba. Luego me empujaron bruscamente por la puerta del avión. Sentí una mezcla de alivio y furia contundente.

## EL REGRESO A COREA

Pocos años después regresé a Corea; una vez más, iba a dar una charla en Seúl, y me enteré de que la persona que había estado a cargo del instituto nacional donde a mi público se le había impedido a la fuerza escucharme, no solo había sido derrocada, sino deshonrada públicamente. Sin embargo, esta vez también había viajado para hablar en Gwangju, el lugar de una sublevación contra el gobierno militar; allí, un gran número de personas de diferentes clases sociales habían sido asesinadas por el ejército para silenciar las protestas.

Antes de mi conferencia en Seúl, y de mi reunión con disidentes y activistas en Gwangju, tuve el honor de ser llevado al cementerio donde habían enterrado a los mártires. Quería poner flores en ese lugar en memoria de los cientos de personas que habían sido asesinadas. En cuanto me disponía a hacer la ofrenda, aparecieron tres carros negros, que frenaron en seco junto a nosotros. Se bajaron varios hombres de los de chaquetas de cuero, todos con gafas oscuras, y era obvio que todos eran miembros de la “policía secreta”. Mis “amigos” habían regresado. Literalmente, tres de ellos pusieron su cara a 15 centímetros de la mía. *Nacidos para intimidar*. Sin embargo, esta vez la situación fue diferente. En lugar de mirarlos, simplemente los ignoré. Mis amigos, mis anfitriones y yo caminamos hacia el monumento conmemorativo. Los intimidadores se apartaron de nuestro camino. Su poder se evaporaba ante la realidad del proceso de democratización, que ya era imposible de frenar.

## REGRESO A CASA Y ACCIÓN ESTRATÉGICA

No quiero idealizar estas experiencias. Cualquiera que haya estado frente al poder de un estado represivo, con su destino más allá de su propio control, no está siendo sincero si dice no haber

sentido temor. Decir que en el momento en que mis colegas, mis amigos y yo fuimos arrestados estábamos “preocupados” es atenuar de manera sustancial lo que sentimos. Sin embargo, tampoco quiero exagerar. A menudo el temor y la determinación terminan siendo dos caras de la misma moneda. La última nos hizo pensar de manera estratégica, una y otra vez, sobre lo que estaba pasando, y cómo lo podíamos subvertir. El segundo viaje testimonió el poder que había cobrado la voluntad popular, la habilidad de las personas para defenderse, para resistir a la pérdida de su humanidad y apropiarse del derecho de controlar sus propios destinos.

Para mí, al igual que para muchos de quienes leen este ensayo, este tipo de experiencias no conducen precisamente al reposo; todo lo contrario. A mi regreso a los Estados Unidos, después de ese primer viaje a Seúl, mis estudiantes de doctorado –varios de los cuales eran coreanos– y yo duplicamos nuestros esfuerzos para formar una amplia red de apoyo dirigida al sindicato independiente de maestros de Corea y a los educadores y activistas críticos de ese país. Reunimos personas en el ámbito nacional y luego internacional para construir movimientos sindicales de maestros, académicos críticos, “intelectuales públicos”, organizaciones progresistas, y grupos parecidos, con el fin de hacer pública la represión contra los educadores comprometidos y otras personas, al igual que para intensificar la presión hacia la democratización del gobierno coreano. De esta manera nos convertimos, aún más claramente, en partícipes y aliados activos de los educadores, activistas y otros movimientos coreanos, discutiendo con ellos y a menudo tomando la vocería, acerca de cuál sería la mejor forma de apoyar sus esfuerzos por desafiar la autoridad ilegítima dentro y fuera de la educación.

Después de muchos años de lucha, la Corte Suprema Coreana al fin reconoció la legalidad de lo que en un principio era el ilegal sindicato independiente de maestros (Sindicato de Maestros Coreanos). Este fue el resultado de los esfuerzos colectivos de activistas sociales y educativos de Corea del Sur, y de todos sus seguidores internacionales. Muchos de los generales que participaron en el régimen y sus seguidores fueron encarcelados o deshonrados públicamente. Sin embargo, como dice la consigna, “la lucha continúa”. Los intentos de crear y consolidar políticas y prácticas de currículos, enseñanza y evaluación más críticamente democráticas en los centros educativos de Corea no ha terminado. De hecho, ante las ganancias neoliberales y neoconservadoras, y los subsiguientes ataques de los grupos derechistas en el Estado, la economía y los medios de comunicación a las interpretaciones y prácticas críticas educativas,

estas han tenido que ser constantemente defendidas y reconstruidas (ver, por ejemplo, Kang, 2009). Esta es la naturaleza de la lucha por una educación digna de llevar su nombre. Una labor que no tiene fin.

Antes de terminar esta historia personal, debo señalar un último asunto. Los efectos de estas experiencias en Corea perduraron de muchas maneras, no solo en ese país, sino también en el estado de Wisconsin, en mi país. En los años que siguieron, los tipos de acción política en que nos comprometimos con mis estudiantes se volvieron cada vez más importantes. De hecho, el seminario del viernes –un grupo de estudiantes de posgrado, académicos visitantes, activistas, y otras personas con quienes nos reuníamos cada viernes en la tarde– ha estado profundamente involucrado no solo en apoyar el trabajo académico de cada uno, sino también en continuar con lo que se ha convertido en una parte constitutiva de los esfuerzos del seminario del viernes. Así para nosotros, el trabajo contrahegemónico sobre educación, a través de la investigación y la escritura, mediante el trabajo con educadores críticos en colegios y actividades similares, siempre ha estado acompañado por esfuerzos concretos de apoyar acciones progresistas, relacionadas con los derechos laborales, la autonomía cultural y los derechos de los oprimidos dentro y fuera de los Estados Unidos (ver Apple, 2000).

Lo anterior ha comprendido acciones como: ayudar a formar una coalición nacional para boicotear a Pepsi Cola y otras compañías estadounidenses que estaban haciéndose millonarios en Burma (Myanmar), ignorando los actos del régimen asesino de ese país; apoyar a los agricultores migrantes en sus campañas por mejorar su salario y condiciones de vida, así como la de sus familias; apoyar al sindicato de maestros de Turquía, cuando el gobierno de ese país lo amenazaba con reprimirlo por fomentar la enseñanza de la “lengua materna” en poblaciones minoritarias, y hechos similares.

Y la lista podría continuar. No obstante, el asunto es que ahora existe una firme y constante *tradicción* de combinar lo académico con lo político en el seminario de los viernes; y no solamente a nivel retórico, como sucede en mucho de lo que ha sido denominado “pedagogía crítica”. A través de la toma de acción, el activismo se vuelve parte de la propia identidad académica y social (ver Apple, Au y Gandin, 2009). Si la teoría y la práctica de la educación crítica se entienden simplemente como un área académica especializada, ampliamente utilizada para

efectos de conversión, para ganar movilidad en el campo social del poder académico (Bourdieu, 1984), estaremos despreciando las valiosas lecciones aprendidas en Seúl y Gwangju. Las ideas críticas tienen poder, pero su poder crece aún más cuando están íntimamente conectadas con los movimientos sociales y las luchas que les dan vida (Apple, 2010). Yo pensaba que sabía esto antes de ir a Corea. Sin embargo, mi reaprendizaje de esta lección en ese país es un recordatorio constante de lo que está en juego cuando la olvidamos.

## REFERENCIAS

- APPLE, M. W. (1979/2004). *Ideology and curriculum* [Ideología y currículo]. New York: Routledge.
- APPLE, M. W. (1982/1995). *Education and power* [Educación y poder]. New York: Routledge.
- APPLE, M. W. (2000). *Official knowledge* [El conocimiento oficial], 2<sup>nd</sup> edition. New York: Routledge.
- APPLE, M. W. (2006). Educating the “right” way: Markets, standards, God, and inequality [Educación “por la derecha”: mercados, estándares, Dios y desigualdad], 2<sup>nd</sup> edition. New York: Routledge.
- APPLE, M. W. (Ed.) (2010). *Global crises, social justice, and education* [Crisis globales, justicia social y educación]. New York: Routledge.
- APPLE, M. W. ; Au, W. & Gandin, L. A. (Eds.) (2009). *The Routledge international handbook of critical education* [Compendio internacional Routledge de educación crítica]. New York: Routledge.
- BOURDIEU, P. (1984). *Homo academicus*. Stanford: Stanford University Press.

Michael W. Apple

KANG, H. (2009). "Teachers, praxis, and Minjung: Korean teachers' struggle for recognition" [Maestros, praxis y Minjung: la lucha de los profesores coreanos por su reconocimiento]. In M. W. Apple, W. Au, & L. A. Gandin (Eds.): *The Routledge international handbook of critical education* (pp. 409-420). New York: Routledge.

MORLEY, D. & Chen, K. H. (Eds.) (1996). *Stuart Hall: Critical dialogues in cultural studies* [Stuart Hall: Diálogos críticos en los estudios culturales]. New York: Routledge.